

CAPÍTULO 5

LA ORGANIZACIÓN CÍVICA

Los principales acontecimientos políticos y militares de la revolución aparecieron en los titulares de los diarios y algunos de ellos han quedado consignados en los informes recopilados para los comités especiales del Senado americano. Sin embargo, otra serie de hechos, como son aquellos que atañen a la organización cívica, no fueron considerados por los medios de información a pesar de que los mismos fueron tan importantes para el desarrollo y entendimiento de la revolución como las otras actividades ya descritas.

La revolución materializó a dos niveles diferentes: a un nivel de alto liderazgo —la organización general y las principales negociaciones—, y por otro lado a un nivel de liderazgo medio y bajo (popular) —la organización local y la interacción cara a cara entre los cuatro mil civiles no-regulares que apoyaron el levantamiento y los miles de personas en cuyo ambiente se materializó la revolución—.

Sin el apoyo de los civiles dominicanos, la revolución no se podría haber mantenido durante los largos meses de negociaciones.

La solidaridad del pueblo y la organización cívica fueron el soporte esencial para dar fuerza y moral a las actividades políticas y militares en los altos niveles de la revolución. Mi experiencia al vivir durante casi cinco meses con el pueblo a los niveles más populares de la revolución, me permite describir muchas actividades en las que yo estaba directamente involucrado. A mi entender, mis notas constituyen los únicos documentos existentes sobre este nivel de la revolución.

EL TRABAJO EN LOS HOSPITALES

Pasé los primeros días de la revolución en mi casa en la Avenida Independencia, que es un sector de clase media alta de la ciudad, recogiendo toda la información posible sobre la revolución, en la radio, en la televisión

y en los periódicos y a través de contactos telefónicos con amigos de diferentes partes de la ciudad. También anduve en automóvil diariamente por la ciudad para ver lo que sucedía. El lunes 26 de abril llevé a varios amigos a donar sangre y a visitar heridos en dos hospitales del norte de la ciudad. Cuando el martes 27 de abril comenzó la gran batalla entre rebeldes y leales, mi amigo el Padre Tomás y yo, otra vez nos fuimos a estos hospitales para ayudar a los heridos.

Conduciendo lo más rápidamente que pudimos a través de una ciudad desierta, y bajo el ataque constante de la marina y de la fuerza aérea, llegamos al Hospital Morgan alrededor de la una y media de la tarde. Allí reinaba la confusión y la histeria: multitud de mujeres y niños de los alrededores del Puente Duarte populaban en el edificio. Docenas de heridos continuaban llegando, a pesar de que el hospital ya estaba repleto. En el hospital no conocíamos a nadie, pero el Padre Tomás comenzó a organizar el segundo piso, mientras yo trataba de hacer lo mismo en la planta baja. En la sala de operaciones del segundo piso, los médicos y enfermeras realizaban delicadas operaciones mientras las balas pegaban en las ventanas y paredes de la pieza. Cuando el director del hospital me pidió que mantuviera a los refugiados en la planta baja alejados de las salas y en especial de la sala de operaciones, yo rogué a la multitud que se sentara en los corredores lejos de las ventanas y puertas. Los bebés lloraban y las mujeres los sostenían apretados contra las paredes, con las pocas pertenencias que habían podido llevarse de sus hogares. Antes de que cayera la noche, les di algo de chocolate que encontré en la cocina. Al día siguiente fue todavía peor, dado que la poca comida que había en el hospital no era suficiente para alimentar a tantos.

Alrededor de las cuatro de la tarde yo pensaba que las tropas de CEFA del General Wessin ya habían tomado la ciudad. La presencia en el hospital de dos soldados rebeldes con ametralladoras inquietaba a los médicos y a las hermanas españolas que dirigían el hospital. Tanto las hermanas como los médicos estaban de acuerdo en que nadie dentro del hospital llevara armas. Pero ninguno se atrevía a pedirles a los soldados rebeldes que se fueran o que dejaran las armas. Al final me pidieron a mí que los persuadiera a retirarse. Yo llamé a los soldados a una habitación vacía y les dije que no necesitábamos su protección dado que el hospital era para todos los heridos por igual, ya fueran rebeldes o leales. Después de una larga discusión aceptaron irse, pero yo inmediatamente me sentí culpable de mandarlos a la calle donde podrían morir a manos de las tropas del CEFA. Les sugerí que cambiaran sus uniformes por ropas de civiles y que dejaran sus armas en el hospital. Uno de ellos, no obstante, se guardó una

granada de mano en el bolsillo. Diez minutos después de irse volvió corriendo y me pidió que guardara la granada porque en las calles las tropas leales estaban revisando a todos. Tres semanas más tarde, cuando volví a verlo en la zona del centro de la ciudad controlada por los rebeldes, me abrazó diciendo que le había salvado la vida.

En el hospital estábamos aislados, todas las comunicaciones de la ciudad estaban interrumpidas y la provisión de agua y electricidad se estaba acabando. Como no sabíamos lo que estaba pasando, fui a mi automóvil que estaba estacionado fuera del vestíbulo principal para conseguir noticias a través de la radio del auto. En seguida un grupo de hombres que estaba sentado en el vestíbulo rodearon el automóvil. Según sintonizaba las estaciones podía escuchar a los hombres junto a mí diciendo: «Esa es nuestra estación» o «Esos son ellos». Confundido, me volví hacia ellos y les pregunté: «¿Quiénes son «nosotros» y quiénes son «ellos»? Me contestaron al unísono, «Nosotros» es la estación rebelde, la del pueblo, «ellos» es la estación de Wessin y de los militares». En ese momento empecé a entender los acontecimientos en su totalidad; el golpe elitista del 24 de abril se había convertido en un levantamiento en masa del pueblo contra las fuerzas de la oligarquía.

A pesar del tiroteo continuado durante la noche, la ambulancia de la Cruz Roja continuaba trayendo más heridos al hospital. En la oscuridad, los médicos se vieron forzados a operar a la luz de una linterna; entonces le pedí al conductor de la ambulancia Volkswagen, si podíamos usar su motor para proveer de energía a la sala de operaciones. Arrojando un cable desde una ventana lo conectamos al generador de la ambulancia, entonces con un reflector hicimos posible que los médicos realizaran algunas operaciones urgentes. Los médicos y enfermeras que habían trabajado desde la mañana temprano estaban ya extenuados cuando la lucha empezó otra vez en la mañana y comenzaron a llegar nuevos heridos. Médicos y enfermeras de otras partes de la ciudad vinieron a ayudar, pero después de algunas horas también ellos estaban exhaustos. Para entonces, médicos y estudiantes de medicina de Santiago, la segunda ciudad más grande del país, vinieron como voluntarios a asistir a los heridos.

Dos días más tarde, los voluntarios de la Cruz Roja y del Cuerpo de Paz, vinieron con harina de maíz, trigo, leche en polvo y medicinas. El director del hospital me dijo que algunos de los pacientes se estaban poniendo débiles porque no querían comer la comida. «Muchas de estas personas — me dijo— están acostumbadas a comer sólo plátanos-guineos y si no los tienen se van a morir».

«¿Por qué no compra algunos?», le pregunté. El me contestó: «No tenemos ni dinero ni transporte para ir a comprarlos».

Yo manejé hasta Villa Consuelo, una vecindad pobre en el corazón de Santo Domingo. Después de cruzar barricadas y dar muchas vueltas para llegar al mercado, me detuve cerca de la Avenida Amado García, donde pude ver barricadas con alambres de púa, y vi por primera vez a los marines americanos con tanques y morteros, quienes no me dejaron pasar, a pesar de que les expliqué que estaba tratando de llegar al mercado para comprar comida para el hospital. Me volví y comencé a dar vueltas buscando el mercado hasta que por fin llegué. Gasté todo el dinero que tenía en mis bolsillos —\$ 13.00— para comprar plátanos-guineos y luego volví al hospital.

El director del hospital me pidió que lo llevara a la casa central de Caritas situada en el centro de la ciudad, para conseguir comida. Primero pasamos por la compañía eléctrica, luego por la telefónica, pidiendo que arreglaran las líneas del hospital lo más pronto posible, y por fin llegamos a Caritas, ubicada en la Avenida George Washington. El oficial rebelde que estaba encargado nos dio toda la comida que podíamos llevar, una carga relativamente chica dado que estábamos en un pequeño Austin. Uno de los hombres que estaba ayudando a cargar el coche me

pidió que le llevara a su casa y yo acepté a pesar de que quitaba el lugar de dos sacos de harina. Unas pocas cuadras antes de llegar al hospital me pidió que parara y después de bajar comenzó a descargar algunos sacos que él había ayudado a cargar. Cuando le pregunté qué estaba haciendo, me contestó: «Esta es mi parte». Furioso lo agarré del brazo. «Esta comida es para los heridos del hospital —le dije—. Le hicimos un favor trayéndolo y ahora quiere llevarse nuestra comida. Tome lo suyo y desaparezca». Para entonces el director estaba a mi lado imprecando al extraño; y como la gente comenzó a amontonarse alrededor nuestro, el hombre comprendió que estaba perdido y se fue. Nosotros nos fuimos al hospital y los heridos tuvieron comida para otro día.

El miércoles 28 de abril me mudé al Hospital Moscoso Puello que estaba situado algo más al norte. Yo había estado allí anteriormente sólo una vez, para donar sangre. Llegué con otro cura jesuita, el Padre Lemus, y ofrecimos nuestra ayuda al director, Dr. Vicini, quien nos dio la bienvenida e inmediatamente nos puso a trabajar. El Padre Lemus se encargó de los heridos en la sala de operaciones y yo, con dos muchachos del Cuerpo de Paz como asistentes, estuve a las órdenes del Dr. Vicini para toda clase de servicio. Mi primera tarea fue aprender a manejar las lám-

paras de gas que los muchachos del Cuerpo de Paz habían traído para emergencias. Cuando llegué a la oficina del director encontré a varios médicos arrodillados tratando de hacer funcionar las lámparas; por fin el Dr. Vicini y yo pudimos encenderlas e instantáneamente nos convertimos en «expertos»; a nadie más se le permitía manejar las lámparas. El encenderlas todas las noches se convirtió para mí en una operación de rutina.

Los médicos del Moscoso Puello estaban exhaustos, dormían por turno tres o cuatro horas por día, a menudo varios hombres en una misma cama. Las salas estaban repletas y todavía llegaban más heridos. Los médicos tuvieron que dejar de trabajar en la noche, dado que no había electricidad y las lámparas de gas no se podían usar en la sala de operaciones. En la oficina del Dr. Vicini había un pequeño generador, pero nadie sabía cómo manejarlo, dado que los electricistas del hospital no habían ido a trabajar en los cinco últimos días. Un muchacho del Cuerpo de Paz y yo leímos las instrucciones y después de experimentar durante tres horas logramos echarlo a andar. Lo pusimos en el jardín, al lado de la sala de operaciones, y conectamos un cable a las grandes lámparas de las mesas de operaciones.

Permanecí en ese hospital durante diez días, ayudando en todo lo que podía, tanto a médicos como a enfermeras. Algunas veces mi tarea no era otra que llevar una taza de café a algún cirujano extenuado, otras veces tenía que cambiar las sábanas o llevar cubos de agua por las escaleras porque no había agua corriente.

Al ir pasando el tiempo, la escasez de comida y medicinas se convirtió en un problema serio: no había comida suficiente ni para los médicos que estaban trabajando de dieciocho a veinte horas diarias. Fui a una iglesia cercana a pedirle comida al cura. Me invitó a comer con él y después me dio toda la comida que había conseguido de Caritas. Llevé esa comida al hospital en la ambulancia de la Cruz Roja para que la gente hambrienta del barrio no pensara que el cura estaba dando comida a sus amigos.

Cuando los médicos tenían algunos minutos libres se sentaban en el comedor o en el vestíbulo a escuchar las noticias o a preguntar a algunos amigos si tenían alguna información. La mayoría de los médicos jóvenes eran favorables a los rebeldes, pero los más viejos, en cambio, no parecían simpatizar con ellos, a pesar de que yo nunca los vi discutir sobre política.

En ambos hospitales el personal administrativo era más bien conservador, y a menudo acusaban a los médicos jóvenes de ser comunistas. Sin embargo, yo encontré solamente a un estudiante de medicina a quien pude calificar de tal.

En ambos hospitales muchos estudiantes de medicina venían diariamente a ayudar a los médicos, normalmente ellos supervisaban las salas y los casos de primeros auxilios y se encargaban de la mayoría de las tareas que en los Estados Unidos hacen las enfermeras graduadas. En Santo Domingo la mayoría de las enfermeras se gradúan a través de su práctica en los hospitales con muy poco o nada de capacitación formal.

A pesar de que la lucha se recrudecía cada vez más, el coraje y dedicación que demostraban la mayoría de estas enfermeras viniendo a trabajar todos los días era admirable. A veces yo oía quejas de la administración de que algunas no iban a trabajar, pero esto era comprensible dado que muchas vivían lejos y todos los medios de transporte estaban interrumpidos.

En ambos hospitales todos los empleados de menor jerarquía, como cocineros, porteros, barrenderos, continuaban trabajando a pesar del temor y confusión general. Las hermanas españolas del Hospital Morgan también mostraron dedicación y coraje durante la revolución. Sin embargo me sorprendía que las otras hermanas de su propia comunidad o de otras comunidades religiosas de Santo Domingo no vinieran a ayudarlas o a reemplazarlas por algunos días. Existía una clara diferencia ideológica entre las hermanas y el personal médico del hospital. La Iglesia Católica —como organización— simpatizaba con los leales, lo cual explica el poco interés de muchas hermanas para trabajar en la zona rebelde. Las enfermeras del Cuerpo de Paz también tuvieron una magnífica actuación en la revolución. En el Moscoso Puello, una muchacha del Cuerpo de Paz, llorando, me contó que la Embajada de los Estados Unidos había ordenado a los voluntarios que dejaran el barrio sitiado y vinieran al hospital. «Si yo no puedo permanecer con esta gente ahora que están en peligro, no puedo volver a ellos después», me decía. Luego, aparentemente considerando su seguridad, la Embajada ordenó a todas las enfermeras del Cuerpo de Paz que dejaran también los hospitales y estuvieran listas para que las evacuaran. Las enfermeras escribieron al Embajador que se quedarían en los hospitales bajo su responsabilidad. Un día uno de los médicos me dijo: «Si estas muchachas no hubieran estado aquí no hubiéramos podido hacer ni la tercera parte de lo que hicimos».

EL TRABAJO EN SAN MIGUEL

En la segunda semana de mayo, cuando pensé que se llegaría a un arreglo político y que por lo tanto era inminente el final de la lucha, decidí volver a

mi casa para descansar y pensar sobre la situación. El día que comenzó el gobierno de Imbert fui a Santiago para ver cuál era la situación de las provincias. Después de volver a Santo Domingo traté de organizar un grupo de amigos para estudiar la situación política y tomar una posición con respecto a los hechos de los cuales habíamos sido testigos. En este momento las tropas de Imbert comenzaron a llevar a cabo con éxito, en el norte de la ciudad, la llamada Operación Limpieza. Se corrían rumores que después de terminar la guerra en el norte, Imbert iría a Ciudad Nueva, que era el último baluarte de los rebeldes, para exterminarlos. Se lanzó una campaña propagandística para mostrar al mundo que todos los rebeldes en Ciudad Nueva eran comunistas.

En la lluviosa tarde del domingo 16 de mayo, cuando la Operación Limpieza estaba en todo su apogeo, decidí ir a la zona rebelde con un amigo. Cuando cruzamos el Punto de Control Charlie en la Avenida Bolívar, empecé a temer que no volveríamos con vida. Después de dejar atrás los tanques, morteros y a los marines americanos, caminamos por las calles desiertas. Cuando cruzamos el Parque Independencia, situado en el corazón de Santo Domingo, comenzamos a ver rebeldes con ametralladoras escondidos en los zaguanes y techos. Ya en la calle El Conde podíamos ver pequeños grupos de rebeldes en todas las bocacalles. Al pasar un jeep, mi amigo reconoció al conductor y le empezó a hacer señas; era el paracaidista francés André de la Rivière, vestido con uniforme de combate y con una ametralladora colgando del hombro. Nos paramos en un rincón debajo de la lluvia, mientras André criticaba al Nuncio Apostólico por haberle preguntado abiertamente si él era comunista; estaba furioso con Caamaño por haber dejado a Viriato Fiallo, el jefe de la UCN leal, irse libremente de la zona rebelde a la leal sin ser sometido a juicio. Después de conversar durante media hora, André nos condujo cerca de las líneas americanas, porque era ya casi la hora para el toque de queda.

El 19 de mayo volví otra vez a la zona rebelde, esta vez era un día de sol, pero la ciudad mantenía su aspecto gris. Se podían escuchar los disparos que provenían del norte de la ciudad donde se estaba completando la Operación Limpieza. Al mediodía del viernes 21 de mayo se hizo efectiva la tregua humanitaria de veinticuatro horas que Mayobre, el representante de la ONU, había conseguido. Decidí aprovechar la tregua y ese mismo viernes, a la tarde, me mudé a la zona rebelde, temiendo que ya el sábado sería demasiado tarde, ya que Imbert había prometido repetidamente «acabar con los comunistas de Ciudad Nueva». Conmigo fue un joven sacerdote cubano, el Padre Manuel Ortega, quien el año anterior había estudiado ciencias políticas en la Universidad de Berlín. Nos llevamos algo

de comida, una radio-transistor y unos pocos libros y papeles y nos fuimos a la zona rebelde. Pedimos permiso al Obispo para usar como base la vieja iglesia colonial de San Miguel, que está situada en el corazón de Santo Domingo. A pesar de que ninguno de nosotros había estado antes en esta parte de la ciudad, nos habían dicho que los rebeldes habían convertido a la vieja iglesia de piedra en un fuerte armado y rodeado por sacos de arena.

Como la mayoría de las iglesias del centro de Santo Domingo, San Miguel había sido abandonada por los sacerdotes locales apenas estalló la revolución. De las catorce iglesias católicas que normalmente operaban en el área, solamente cinco estaban todavía abiertas el 21 de mayo, y dos de ellas estaban administradas por jóvenes sacerdotes que se habían mudado a las iglesias después que éstas fueron abandonadas en los primeros días de la revolución. El domingo 23 de mayo abrimos al público las iglesias de San Miguel y San Lázaro, una semana más tarde el Padre Tomás Marrero se nos unió y abrió la iglesia de El Carmen. A fines de mayo, ocho iglesias Católicas en la zona rebelde estaban otra vez sirviendo al pueblo y por lo menos cinco de ellas estaban administradas por jóvenes elementos liberales dentro del clero.

Cuando llegamos a San Miguel, el portero estaba poniendo un enorme candado en la puerta del frente, preparándose para irse al día siguiente. Había estado solo en la iglesia durante tres semanas y no quería quedarse allí a esperar que llegaran las tropas del CEFA. Nos mostró el edificio: tenía un pequeño apartamento anexo a la iglesia con dos habitaciones pequeñas, una abajo y otra en el primer piso. Nos dijo que el dormitorio de arriba no era seguro porque el techo de zinc no ofrecía mucha protección durante los ataques aéreos y que él mismo dormía abajo en un catre. El Padre Ortega también decidió quedarse abajo, pero a mí no me gustaban los olores que había allí y elegí permanecer arriba. Esa noche, antes de dormirme, sentí subir al Padre Ortega con todas sus pertenencias. También él había decidido arriesgarse a los ataques aéreos antes que soportar los olores de la planta baja.

No conocíamos a nadie en San Miguel. Cuando descendimos del automóvil algunas mujeres en la calle San Isidro nos miraron con sorpresa y curiosidad; cuando las saludé ellas me respondieron el saludo mirándose las unas a las otras. Después que dejé mis pertenencias adentro, saludé a algunos muchachos que estaban en la calle José Reyes, a dos casas de distancia de la iglesia. La fachada de la casa donde estaban los muchachos había sido agujereada recientemente por balas y proyectiles. Delante de ella había un mástil de bandera. Resultó ser la estación de policía de San

Miguel, ocupada ahora por los muchachos del Comando San Miguel. Cuando pedí ver al comandante, los muchachos me hicieron entrar en la casa. El comandante estaba hablando con algunos otros hombres en una habitación pequeña y sin ventanas. Cuando entré, él se puso de pie y sonriendo se presentó con voz suave: «Francisco, Comandante de San Miguel». Nos dimos la mano y le dije que yo estaba en la vieja iglesia y que estaba dispuesto a ayudar en cualquier forma que pudiera. Me dijo que mi ayuda sería muy apreciada, especialmente durante la lucha, porque no había médicos en los alrededores. Sorprendido, le dije que yo no era médico. El me respondió: «De todos modos usted sabe más que nosotros de esas cosas y estoy seguro que podrá ayudarnos».

Más tarde, cuando yo estaba conversando con algunos muchachos de San Miguel, se acercó un hombre delgado vestido con equipo de combate y portando una ametralladora, quien pidió hablar conmigo en privado. Tenía claro acento español. Caminamos hacia San Lázaro, donde al llegar me preguntó si el Padre Ortega y yo podíamos también encargarnos de esa iglesia. Yo acepté abrir San Lázaro al público y usar sus facilidades como centro de distribución de comida. El hombre con la ametralladora era el comandante de San Lázaro; era preciso, autoritario, pero amigable aun cuando daba órdenes a sus muchachos. Era un hombre mejor educado que los que le rodeaban y tenía maneras de caballero. En ese momento, su nombre, Manolo González, no significaba nada para mí, pero traté de recordarlo. Pronto yo sabría quién era y qué papel representaba en la revolución.

EL PROBLEMA DE LA COMIDA

San Miguel es una vecindad de clase media baja ubicada en el corazón de Santo Domingo, construida alrededor de una vieja iglesia colonial dedicada al Santo Patrón. Detrás de la iglesia hay un barrio pobre llamado El Jobo, donde 150 familias forman su propia comunidad, ligada al resto de la ciudad sólo a través de dos pequeñas callejuelas sin pavimentar. En el barrio, la mayoría de las casas tienen electricidad pero no agua corriente; muchas familias tienen radio y unas pocas tienen televisión. Los niños juegan desnudos por las callejuelas mientras las mujeres cocinan en los patios y los hombres juegan a las cartas debajo de un gran árbol de seibo.

Frente a la iglesia hay un parque público rodeado por casas que pertenecen a la clase media. En un rincón del parque hay un bar y un almacén y en el

otro extremo hay una clínica privada de tres pisos, propiedad del Dr. Dinzey. El puesto de comando ubicado en la estación de policía estaba en frente del parque cerca de la iglesia.

Después de mi primera noche en San Miguel me di cuenta que la falta de comida era el problema principal del barrio. Los mercados y almacenes estaban cerrados hacía casi un mes y la gente en la zona rebelde no tenía dinero, dado que todos los trabajos de la ciudad estaban detenidos desde el estallido de la revuelta. A pesar de que muchos habían «estirado» su provisión de comida y reservas de dinero, la mayoría de las familias ahora ya estaban desesperadas. También la escasez de facilidades de refrigeración entre las familias de clase baja y pobre hacían imposible guardar mucha comida.

Telefoné a la OEA, CARE y a Caritas, tratando de conseguir algo de comida para el barrio; todas las agencias anotaron mi pedido pero todas pasaron mi petición a Caritas, la cual tenía asignada la tarea de distribuir la comida al pueblo. Cuando llamé a Caritas, su director, disgustado, se me quejó de que yo estaba tratando de presionarlo a través de otras agencias. Yo estaba sorprendido y confundido por su enojo, porque lo único que yo estaba procurando hacer era conseguir comida de cualquier fuente que pudiera. No me había dado cuenta hasta ese momento de que la política y juego de poder ya estaban operando en la mecánica de estas organizaciones.

Dos días más tarde Caritas me informó que podía llevarme un camión cargado de arroz. Conduje hasta la zona internacional y luego a la zona leal, donde me dieron doce mil libras de arroz en fundas de dos libras. Cuando las fundas fueron descargadas en San Miguel y en San Lázaro, alrededor de setecientas personas estaban esperando alineados en frente de cada iglesia. El día anterior habíamos ido casa por casa dando tarjetas para la distribución de comida. El procedimiento comenzó en forma ordenada con algunas muchachas del barrio distribuyendo tres fundas de arroz a cada persona, mientras los muchachos de los comandos mantenían el orden con sus ametralladoras. Para evitar que usaran dos veces la misma tarjeta, yo cortaba la esquina derecha de cada una que se usaba. El procedimiento continuó por más de dos horas y la gente empezó a ponerse nerviosa y a empujarse. Presintiendo que se armaría un tumulto en cualquier momento, decidí detener la distribución por un momento y, protegido por los muchachos del comando me paré en el medio de la multitud. Levanté los brazos pidiendo silencio y grité con todas mis fuerzas que había arroz para todos, pero que necesitábamos orden para la distri-

bución y que primero atenderíamos a los que tenían la tarjeta que habíamos repartido el día anterior. A pesar de lo que yo había dicho, cientos de personas sin tarjeta continuaron en fila. Cuando todos los que tenían tarjeta recibieron sus tres fundas, permitimos a los que no la tenían que vinieran a recibir su parte. Pero parecía que la línea nunca se acortaba. Entonces nos dimos cuenta que algunos venían dos y tres veces a buscar más comida. Les dimos el arroz que quedaba a los muchachos del comando en pago por su ayuda en descargar los camiones y en mantener a la gente en orden.

La siguiente distribución de comida siguió la misma norma. Pero esta vez fue más difícil una distribución ordenada y justa porque habíamos recibido diferentes cantidades de arroz, habas y aceite comestible. Llegó un punto en que un tumulto se hizo tan inevitable que los muchachos del comando tuvieron que disparar sobre las cabezas de la multitud. En todos lados donde se distribuía comida había problemas y disturbios y en esas ocasiones cada uno agarraba lo que podía. Un día vi a una mujer llevando sobre su cabeza veinte litros de aceite comestible, cuando en mi barrio apenas podíamos dar a cada familia un litro por semana; nos habíamos propuesto que en nuestro barrio no se haría una distribución injusta de alimentos.

La ciudad estaba dividida en diferentes sectores. Cada persona encargada de distribuir la comida a un sector era la responsable de la emisión de tarjetas de control para las familias de su área. A pesar de que la distribución de comida estaba restringida a los que tenían tarjetas, la mecánica de la distribución podía organizarse de la forma más conveniente para cada sector.

Yo estaba encargado de la parte central de la ciudad, desde la Avenida Mella hasta la calle Nouel, la cual dividí en cuatro sectores. Yo me encargué de San Miguel e hice al Padre Tomás responsable de San Lázaro; al Reverendo García (Ministro de la Iglesia Evangélica), del Centro Evangélico, y a doña Tina, una trabajadora voluntaria de la comunidad, la encargué del Centro Mercedes. Nuestra área tenía quince mil personas, según un censo hecho casa por casa. A cada familia se le emitió una tarjeta con el nombre, edad y dirección del jefe de familia impreso en la tarjeta, junto con el número de hijos o dependientes. El censo le llevó al Padre Tomás dos semanas, pero cuando terminó supimos exactamente cuántas raciones había que preparar cuando cada semana llegaban los camiones cargados de comestibles.

Antes de perforar las tarjetas de control, las sellamos con nuestro sello,

para diferenciarlas de las de otros sectores. La gente de los otros sectores frecuentemente trataba de usar tarjetas en nuestra distribución, pero nuestro sistema frustró esta costumbre y al menos temporalmente terminó con ella. Dos semanas más tarde me di cuenta que mucha gente estaba en nuestras líneas con tarjetas con la dirección de nuestro sector pero sin nuestro sello. Pronto encontré que la oficina de un partido político en la ciudad estaba distribuyendo tarjetas a la gente de toda la ciudad mandándolos a conseguir comida de nuestro centro. Esta acción no sólo era altamente irresponsable, dado que no teníamos comida suficiente para toda la ciudad, sino que también tenía la apariencia de un manejo político. Cortésmente, pero firme, mandé de vuelta a los políticos a los que tenían las tarjetas falsas. Una hora más tarde el alcalde de la ciudad y otros oficiales vinieron a persuadirme para que aceptara las tarjetas. Yo me negué. Ellos insistieron que yo debía aceptar las tarjetas por lo menos por un día, para ayudarlos a salvar las apariencias, pero yo sabía que si las aceptaba una vez iba a tener que hacerlo siempre. Los amenacé diciendo que si aceptaba su arreglo les dejaba también a ellos que se encargaran de toda la distribución de comida. Entonces me rogaron que continuara la distribución a mi manera y que los disculpara por su interferencia.

Otro importante problema en la organización de la distribución de comida era la selección de hombres y mujeres de confianza que cooperaran sin esperar demasiado pago por la ayuda. El problema comenzó cuando llegaban los camiones de comestibles y veinte o treinta hombres se ofrecían a descargarlos. Cuando se acababa la tarea, todos esperaban la recompensa, a pesar de que sabían que sus esposas ya recibirían la ración para toda la familia. Cada vez que se descargaba un camión de comida empezaba la misma discusión con los «voluntarios». Al final decidí que solamente los muchachos del comando podían ayudar, y dejé bien claro que su trabajo era un servicio para la comunidad y que por lo tanto no debían esperar ninguna recompensa. No obstante, al final de cada distribución, yo le daba al comandante unas doscientas o trescientas libras de comestibles para los muchachos.

Una vez que la comida estaba en nuestro poder había que organizar un equipo, de doce o quince personas, en cada sector, para distribuirla en la forma más eficiente posible. Y una vez más, los que nos ayudaban, querían como recompensa algo más que su ración. Cuando me negaba a sus pedidos se ponían furiosos conmigo y yo con ellos, y esta situación entorpecía todo el trabajo. Poco a poco acabé con el sistema de raciones-extra para mis ayudantes y eliminé de los equipos a aquellos en los que no se podía confiar, a aquellos que favorecían a sus amigos o a los que

robaban comida cuando yo no estaba. También eliminé a los que no trabajaban mucho, y al final me encontré con que mis equipos estaban formados por muchachos y muchachas blancos, de clase media, la mayoría de extracción libanesa. (En Santo Domingo hay un grupo libanés grande, la mayoría de clase media). Esta situación trajo consigo otro nuevo problema: un grupo de gente blanca de clase media, distribuyendo comida a una multitud de dominicanos de color oscuro y pobres. Hice un esfuerzo por agregar a mis equipos algunos muchachos y muchachas de color del barrio. Fueron cuidadosamente elegidos y encontré que actuaban tan bien como los otros. Después que el Padre Tomás había organizado su club tuvo éxito en reemplazar con sus tigres en San Lázaro a todo el grupo de clase media.

Después de esto, la distribución de comida no presentó mayores problemas. Dedicábamos un día por semana para la distribución y todo se convirtió en rutina. Las mujeres se alineaban de un lado y los hombres del otro; a la entrada una muchacha perforaba las tarjetas para evitar que fueran usadas dos veces. Las mujeres embarazadas entraban primero y el resto entraba en grupos de cuatro para recibir la comida asignada a cada familia para una semana. Salían por otra puerta para que los que todavía estaban esperando no se pusieran nerviosos y trataran de arrebatar los comestibles a quienes ya los habían recibido. Todas las semanas se distribuían entre veinte y treinta mil libras de comida (sin mayores dificultades o incidentes desagradables) a una población acuciada por el hambre.

EL PELIGRO DE LAS EPIDEMIAS

Cuando llegamos a San Miguel las calles estaban cubiertas de basura y era difícil conducir entre escombros y desperdicios. No había recogida de basura y las alcantarillas en muchos lugares estaban rotas. En la zona rebelde sólo funcionaba un hospital y temíamos que surgiera una epidemia en una ciudad donde más de tres mil personas habían muerto en la calle. En el sector de clase media de la ciudad, la Cruz Roja había establecido un centro de vacunación contra la fiebre tifoidea¹. Yo decidí poner un centro también en San Miguel. La oficina de la Cruz Roja me dio vacunas, alcohol y los instrumentos para aplicar las vacunas. Pusimos una señal de la Cruz Roja en frente del edificio donde estábamos instalados y

¹ Este centro se estableció en la zona controlada por las fuerzas americanas.

anunciamos con altoparlantes que todos los niños debían ser vacunados. Poco a poco las madres los fueron trayendo. Una vez que nuestro equipo, formado por dos muchachos y dos muchachas del barrio, los habían vacunado, registrábamos sus nombres en registros de la Cruz Roja. Alrededor de dos mil niños y adultos recibieron las tres dosis de vacuna a intervalos regulares.

Para establecer el centro de vacunación, yo necesitaba la firma de un médico que viviera en el área. Una vez que la campaña de vacunación había comenzado, pensé que el médico podía venir una vez por semana al centro de salud de nuestro barrio para ocuparse de unos pocos niños y mujeres enfermas. Un estudiante de medicina se ofreció a ayudar al médico, pero yo debía conseguir las medicinas para los pacientes. Con unas pocas botellas de jarabe para la tos, aspirinas y antibióticos que me habían dado unos amigos, abrimos la clínica. Al principio el médico y el estudiante de medicina usaron mi apartamento dos veces por semana para atender a los pacientes. A pesar de que los medicamentos se acabaron pronto, más y más pacientes llegaban a nuestra improvisada clínica. Un día, Tungo, el subcomandante de San Miguel, me sugirió que usara la clínica del Dr. Dinzey, que estaba cerrada desde la batalla del 15 de junio, y me dijo que las fuerzas rebeldes habían tomado otras clínicas privadas en otras partes de la ciudad —como las de Abel González, San Luis y Cruz Peña— y grupos de médicos y estudiantes de medicina habían establecido comandos médicos en ellas. Tungo me dijo que él podía obtener un orden del Ministerio rebelde de Salud para abrir la clínica. Acepté una posición de compromiso en la materia y hablé al ayudante del Dr. Dinzey, que se había refugiado en la zona internacional, y le pedí permiso para usar un cuarto de la planta baja de la clínica y utilizarlo como dispensario para pacientes externos. El demostró estar ansioso por dejarme usar las facilidades de la clínica probablemente por dos razones: para descargar su propio sentimiento de responsabilidad y para prevenir que los rebeldes ocuparan la clínica para otros usos. Me mandó las llaves al día siguiente, y después de hacer un inventario de muebles, suministros médicos y medicinas, cerré algunas de las oficinas de la clínica y establecí mi centro de salud pública en dos pequeñas habitaciones en la planta baja.

Dado que el número de pacientes crecía diariamente, pedí ayuda médica a través de las oficinas centrales del PRD y del PRSC y por contactos personales. Al final de la segunda semana tuvimos que ocupar todo el edificio: trece médicos (un cardiólogo, un ginecólogo, tres pediatras y ocho médicos de medicina general), además de siete estudiantes de medicina, cinco enfermeras, tres técnicos de laboratorio y dos receptionistas, aten-

dían a más de cien pacientes diariamente. Se hicieron contactos para remitir los casos difíciles a otros especialistas en otros lugares de la ciudad. Nuestros pacientes eran atendidos gratis y pronto el hospital Padre Billini, el único centro que funcionaba dentro de la ciudad, nos empezó a enviar casos, en especial de pediatría y ginecología.

La organización de la clínica de salud presentó algunos problemas de envergadura. Tuvimos la difícil tarea de programar el trabajo de nuestros médicos y estudiantes de medicina voluntarios, algunos de los cuales tenían obligaciones en otros hospitales, para poder así contar todos los días por lo menos con tres o cinco médicos para consultas. Tanto los médicos como los estudiantes y enfermeras eran dedicados y eficientes, y algunos trabajaban de 8 a 1,30 de la tarde. Las enfermeras venían todos los días con regularidad sorprendente, a pesar de que algunas tenían que viajar más de veinte kilómetros para llegar.

Sin embargo, nuestro principal problema era conseguir medicinas y suministros médicos. Organizamos un grupo de estudiantes universitarios para que consiguieran muestras médicas de los fabricantes y distribuidores de productos farmacéuticos, de la Cruz Roja y del Ministerio de Salud Pública. El grupo recolectó muchas muestras de fabricación nacional y extranjera. José Licha, un estudiante de medicina de extracción libanesa, y Danilo Caro, un estudiante de arquitectura de Cornell, fueron los dos que recolectaron la mayoría de las muestras. Si bien estas provisiones ayudaron temporalmente, el número de pacientes continuaba creciendo. Un día el Dr. Sigarán, un médico que vivía en la zona rebelde y venía todos los días a la clínica, me dijo: «Si no tenemos medicamentos no volveré a la clínica; nuestras prescripciones son inútiles si no podemos darles las medicinas a nuestros pacientes porque no tienen dinero para conseguirlas». En ese momento yo me uní al equipo de estudiantes para recolectar muestras médicas. Visité no solamente oficinas en la zona rebelde, sino también las de las zonas leal e internacional. También fui a la OEA, a CARE, al Ministerio de Salud Pública y al jefe de la Iglesia Evangélica. Monseñor Clarizio, el Nuncio Apostólico, estaba particularmente interesado en ayudar a la clínica y trajo miles de libras de muestras médicas de Puerto Rico. Desgraciadamente algunos de estos productos eran muy nuevos en el mercado y muy pocos médicos dominicanos estaban familiarizados con ellos. A pesar de que la mayoría de los distribuidores fueron generosos en dar las muestras gratis, muy pocos contribuyeron con productos originales destinados a la venta. A pesar de que no se usó ninguna presión para obtener estas muestras, las firmas con oficinas en la zona rebelde, como Gassó y Gassó, Eli Lilly y Frank Rodríguez

fueron mucho más generosas que las que estaban en las otras zonas. Sólo un distribuidor de una firma americana se negó rotundamente a donar medicinas, diciendo que no podía dar medicamentos a una clínica que estaba en la zona rebelde, a pesar de que yo le señalé que cerca del 86 por ciento de los pacientes provenían de la zona leal. Cuando los empleados dominicanos de otra firma americana se enteraron que la firma se había negado a cooperar con nuestra clínica, entre ellos recolectaron veintitrés pesos para ayudar a la clínica.

A sugerencia de la OEA fui a la Secretaría leal de Salud Pública a pedir suministros médicos. Me hicieron entrar a la oficina del Dr. Pichardo, Subsecretario de Salud del gobierno de Imbert, quien me dio una plática sobre los servicios médicos existentes en la ciudad y me dijo que no había ninguna necesidad de mantener esa clínica pública. Le interrumpí diciendo: «Si mis servicios son necesarios o no, yo no lo sé, pero a las seis en punto todas las mañanas hay más de cien mujeres y niños esperando fuera de la clínica para recibir atención médica. Más del 86 por ciento de esta gente proviene de su zona y es para ellos que yo estoy pidiendo suministros médicos». Al fin de la entrevista me extendió una orden escrita para que me dieran una botella de aspirinas, un frasco con cien tabletas de vitaminas, dos paquetes de algodón y dos botellas de alcohol. Esa fue toda la contribución del Ministerio leal dominicano de Salud Pública para una clínica que estaba atendiendo a más de 125 pacientes por día.

Todas las mañanas, antes de ir a buscar los suministros médicos, tenía que organizar las citas para todo el día. Josefina Salas, una estudiante de medicina, me ayudaba a distribuir las tarjetas de citas entre los pacientes. Se daba prioridad en base a la hora de llegada a la clínica y la seriedad del caso. Durante la mañana, los médicos no podían atender a más de cien pacientes de una multitud de más de ciento setenta. Por lo tanto, Josefina y yo estudiábamos los casos, y cuando pensábamos que el mal no era más que desnutrición o un resfriado fuerte le dábamos vitaminas o tabletas contra el resfriado y mandábamos al paciente a su casa, programando las citas para que el médico atendiera sólo los casos que nosotros creíamos que más urgentemente necesitaban atención médica.

Algunos de los médicos enviados por el PRD crearon algunos problemas con la política que seguíamos para las citas. Ellos no hacían caso a nuestro programa de citas y traían a sus amigos y a miembros del partido dándoles tratamiento preferencial. Algunas veces, después de atender a sus pacientes privados, se iban, y los otros médicos tenían que atender a los

pacientes regulares. Al principio no objeté, dado que los médicos no recibían sueldo por sus servicios, pero cuando esta práctica comenzó a generalizarse, les llamé la atención diciendo que si bien sus pacientes privados eran bien venidos a la clínica, ellos debían seguir la secuencia de citas que ya estaba de antemano preparada. A pesar de esto, la práctica continuó y el personal de la clínica comenzó a sentirse incómodo. Entonces llamé a todos los médicos y les dije que el tratamiento preferencial basado en amistades personales o políticas no podía tolerarse en la clínica. Después de esto dos médicos dejaron de venir y empezaron a presionar a otro para que no continuara prestando servicios en la clínica. Cuando me di cuenta de esto informé sobre la situación a Peña Gómez, líder del PRD. Los médicos disidentes no causaron más problemas a pesar de que mi queja aparentemente creó algo de irritación entre los miembros del Partido. Más tarde, un miembro del PRD me dijo: «Señor, tome la cosa con calma. Usted está tratando de resolver los problemas de este país en un mes y nuestros problemas son muy viejos y se necesita mucho tiempo y paciencia para resolverlos».

Cuando en septiembre de 1965 me fui de San Miguel, la clínica había estado funcionando por algo menos de tres meses y había atendido por lo menos a 2.200 pacientes externos, proveyendo atención médica gratis, pruebas de laboratorio y medicinas. Teníamos un registro para cada paciente y teníamos un depósito de medicinas y suministros médicos por un valor de \$ 1.500 y ya habíamos distribuido unos \$ 6.000 en medicamentos. Antes de terminar la revolución, el Dr. Segura, jefe del comando médico en la zona rebelde, me pidió los nombres de todos los que habían trabajado en la clínica para que el gobierno rebelde pudiera reconocer sus servicios al pueblo dominicano. Dado que el Dr. Dinzey estaba planeando reabrir su clínica otra vez, mudamos todos nuestros suministros médicos otra vez a nuestro apartamento a San Miguel. Después que terminó la revolución, en una visita que hice a Santo Domingo, me encontré con el Dr. Dinzey, el cual me saludó afectuosamente y dijo: «Muchas gracias por todo lo que usted hizo; cuando yo volví todo en la clínica estaba en perfecto orden».

EL CENTRO DE DERECHOS HUMANOS

Poco después de nuestra llegada a San Miguel nos enfrentamos con una serie de casos de violación de derechos humanos. Las mujeres, llorando,

nos contaban que los esposos e hijos habían ido a trabajar o a visitar a algún amigo cruzando la zona internacional y nunca habían regresado. Ellas ya habían ido a la policía o a las prisiones locales, pero nadie les decía si sus esposos o hijos estaban o no allí. Otros se quejaban de que las tropas del CEFA o que la Infantería de Marina norteamericana había arrestado a alguno de sus familiares sin garantías y sin cargos. Comenzamos a llevar estas quejas a la Comisión de Derechos Humanos de la OEA y al Centro de Derechos Humanos establecido por el Nuncio Apostólico. Apenas se conoció nuestra actividad en este punto, vino mucha gente del norte de la ciudad a presentar sus quejas. Para entonces pusimos un cartel «Derechos Humanos» en frente de nuestro edificio. Catalina Navarro, una secretaria muy eficiente, recogía toda la información pertinente sobre personas desaparecidas. Esta información era transmitida por teléfono o llevada personalmente por José Licha al Centro del Nuncio Apostólico. A los pocos días recibíamos la respuesta de la organización que el Nuncio había establecido para encontrar personas desaparecidas. Y a su vez nosotros dábamos la información recibida a aquellos que habían presentado la queja. Este procedimiento proveyó de información sobre 230 casos, quedando otros 50 casos sin resolver.

EL CLUB DE LOS TIGRES

Hay que hacer aquí una mención especial sobre la organización del Club de los Tigres del Padre Tomás Marrero. Desde su llegada a San Miguel, a fines de mayo, había estado trabajando con un pequeño grupo de tigres de San Miguel y de El Jobo. Mientras había estado en Montreal, el Padre Tomás había adquirido un gran interés en estudiar y ayudar a muchachos delincuentes, y en San Miguel encontró una excelente oportunidad para trabajar con algunos de estos muchachos. Durante las tardes, el Padre Tomás se pasaba horas sentado en el parque frente a la iglesia conversando con los tigres. Después de unos días los muchachos lo seguían a donde quiera que él iba, y cuando él estaba comiendo los muchachos se sentaban a la puerta de la casa esperándolo.

Un día del mes de julio decidieron organizarse en un club, el Club de los Tigres. Robaron un cartel de tigre de la estación de servicio de la Esso y lo pusieron en el frente de la estación de policía que el comando acababa de abandonar. Dirigidos por el Padre Tomás, limpiaron, pintaron y repararon la casa. Se organizaron en «unidades de comando» cada una con

su propio líder. Permitiendo a los muchachos del Club de los Tigres organizarse en «unidades de comando», el Padre Tomás estaba usando lo que en ese momento era más atrayente a la imaginación de los jóvenes, esto es, la motivación de establecer su propia organización imitando lo que los hombres del barrio estaban haciendo para defender la ciudad. A cada unidad se le daba ciertas tareas para la semana: limpiar el club, ayudar en la distribución de comida o barrer las calles o el parque. El Padre Tomás les urgía también para que tomaran cualquier clase de trabajo y para que guardaran el dinero para comprar equipos deportivos. En las tardes, de seis a siete y media, todos los miembros del club tenían que asistir al curso de Inglés que daba el Padre Tomás. Los muchachos organizaron su propia banda y todas las semanas presentaban una obra de teatro en la iglesia. En mi última visita a Santo Domingo, el Padre Tomás estaba terminando una escuela que él y los tigres habían construido. De vez en cuando los muchachos volvían a sus viejas costumbres, rompiendo ventanas o peleando con otras bandas.

Una noche los muchachos tuvieron un baile en el Club para celebrar la victoria en el campeonato de basketball. Yo había invitado al Padre Tomás esa misma tarde a cenar y me preocupaba que él tuviera que dejar a los tigres solos en una reunión con muchachas. El me aseguró sonriendo: «Ellos saben cuidarse solos; ya no me necesitan más». Cuando regresamos, después del baile, todo estaba en orden. Las cosas realmente habían cambiado para los tigres de San Miguel.



José A. Moreno: “El pueblo en armas. Revolución en Santo Domingo”. Editorial Tecnos, Madrid, 1973.

Reproducido por Ediciones CIELONARANJA, 2006.